

En este volumen confluyen diversos estudios científicos y los resultados de varios proyectos de investigación que se desarrollan actualmente en el fecundo terreno arqueológico menorquín. Los coordinadores de la obra, Fernando Prados (Universidad de Alicante), Helena Jiménez (CNRS - Universidad de Toulouse) y José J. Martínez (Universidad de Murcia) forman parte del proyecto MODULAR, que tiene como principal objeto de estudio el mundo fenicio-púnico desde sus manifestaciones arquitectónicas. Desde MODULAR se presta especial atención a la conexión entre el mundo fenicio-púnico y las culturas locales, evaluando los procesos de hibridación y mestizaje resultantes. Entre los laboratorios de estudio y análisis destaca Menorca, sobre todo en su fase post-talayótica. El citado proyecto se inscribe en una línea prioritaria de investigación que se desarrolla desde el Instituto de Arqueología de la Universidad de Alicante y cuenta con el apoyo del Consell Insular de Menorca, dentro de su programa de ayudas para la realización de intervenciones arqueológicas, el Ajuntament de Ciutadella, la SHA Martí i Bella y el Camping Cap Blanch, desde diversas figuras colaborativas que van del apoyo logístico al mecenazgo.



cepoAt
MONOGRAFÍAS
2

MENORCA ENTRE FENICIS I PÚNICIS
MENORCA ENTRE FENICIOS Y PÚNICOS
Fernando Prados · Helena Jiménez · José J. Martínez (Coords.)

Publicacions
des Born, 25



2017

UNIVERSIDAD DE MURCIA

CENTRO DE ESTUDIOS DEL PRÓXIMO ORIENTE Y LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

Fernando Prados · Helena Jiménez · José J. Martínez
(Coords.)

MENORCA ENTRE FENICIS I PÚNICIS MENORCA ENTRE FENICIOS Y PÚNICOS



cepoAt
MONOGRAFÍAS 2

CERCLE ARTÍSTIC
CIUTADILLA DE MENORCA
1891
Publicacions des Born, 25

Auspiciadas por la SHA Martí i Bella, las XIII JORNADAS DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA DE MENORCA (Ciutadella 2015) tuvieron como temática la presencia fenicia y púnica en la isla. Menorca, a pesar de disfrutar de una posición estratégica privilegiada en la órbita marina de esta cultura, se encuentra en clara desventaja en comparación con el conocimiento que se tiene sobre otros espacios geográficos de la esfera fenicio-púnica. Este “problema” científico e histórico, además, se hace más palpable en un momento como el actual, en que se trabaja en la propuesta para la inclusión de una parte del patrimonio arqueológico insular en la lista de la UNESCO. Si la clave de estas acciones radica en proteger, conservar y difundir este patrimonio, la base de todo ello ha de ser siempre el conocimiento, enfatizando el binomio “investigar para difundir”, que servirá para determinar las pautas y las acciones por las que deba encauzarse su gestión de cara a garantizar su sostenibilidad. Esta es la principal motivación de esta obra, científica y divulgativa a la par, en la que participan diversos especialistas sobre el mundo fenicio y púnico y la cultura talayótica menorquina.

PUBLICACIONES DEL CEPOAT

Nº 2

AÑO 2017

DIRECTORES: Rafael González Fernández (Universidad de Murcia), Gonzalo Matilla Séiquer (Universidad de Murcia), José Antonio Molina Gómez (Universidad de Murcia)

SECRETARIO: José Javier Martínez García (Universidad de Murcia)

CONSEJO ASESOR:

Juan Manuel Abascal Palazón (Universidad de Alicante),
Alejandro Andrés Bancalari Molina (Universidad de Concepción, Chile)
Pedro Barceló y Batiste (Universität Potsdam)
Rosa María Cid López (Universidad de Oviedo)
Joaquín María Córdoba Zoilo (Universidad Autónoma de Madrid)
Adolfo Antonio Díaz-Bautista Cremades (Universidad Católica de San Antonio de Murcia)
Juan José Ferrer Maestro (Universidad Jaime I)
José Miguel García Cano (Universidad de Murcia)
David Hernández de la Fuente (Universidad Nacional de Educación a Distancia)
Adam Łukaszewicz (Universidad de Varsovia)
Pietro Militello (Universidad de Catania)
Iwona Mtrzwesky-Pianetti (Universidad de Varsovia)
José Miguel Noguera Celdrán (Universidad de Murcia)
Juan Carlos Olivares Pedreño (Universidad de Alicante)
Bernardo Pérez Andreo (Instituto Teológico de Murcia OFM, Universidad Pontificia Antonianum de Roma)
Fernando Prados Martínez (Universidad de Alicante)
Sabine Panzram (Universidad de Hamburgo)
Josep Padró Parcerisa (Universidad de Barcelona)
Esther Sánchez Medina (Universidad Autónoma de Madrid)
Margarita Vallejo Girvés (Universidad de Alcalá)
Isabel Velázquez Soriano (Universidad Complutense)
Juan Pablo Vita Barra (CSIC Madrid)

UNIVERSIDAD DE MURCIA
PUBLICACIONES DEL CEPOAT
Nº 2

Fernando Prados Martínez
Helena Jiménez Vialás
José Javier Martínez García
(Coords.)

MENORCA ENTRE FENICIS I PÚNICIS
MENORCA ENTRE FENICIOS Y
PÚNICOS

Cercle Artístic de Ciutadella
Publicacions des Born, 25

2017

PUBLICACIONES DEL CEPOAT

Nº 2
AÑO 2017

Este libro ha sido debidamente examinado y valorado por evaluadores ajenos a la Universidad de Murcia, con el fin de garantizar la calidad científica del mismo.

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Durante los primeros doce meses, ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por ningún medio ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial.

La monografía se inscribe en el Proyecto *Modular. Análisis arqueológico y documental de la arquitectura fenicio-púnica de Menorca*, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad (RYC 2011-08222), el Consell Insular de Menorca, y cuenta con el apoyo del Camping Cap Blanch, el Ajuntament de Ciutadella y la Societat Històrico-Arqueològica Martí i Bella.

Los intercambios deberán realizarse a través de:
Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía
C/ Actor Isidoro Máiquez, 9, 30007, Murcia.
Tlf: +34 868883890
Correo electrónico: cepoat@um.es
URL: <http://www.um.es/cepoat>

Portada: Bronce de Rafal des Frares (Museu Diocesà de Ciutadella) Foto: Joan de Nicolás
I.S.B.N.: 978-84-946637-0-3
Depósito Legal: MU 101-2017
Edición y Fotocomposición: CEPOAT
Impresión a cargo de Compobell S.L.

“En esta isla, que por su pequeñez, por su aridez y aspereza, es la última de la tierra, los cartaginenses, como se deduce de los nombres impuestos, fundaron dos pequeñas ciudades situadas en línea recta una a cada extremo; Iamona orientada a poniente, Magona, en cambio, lo está hacia levante”

Severus Minoricensis, *Epistula*, 2, 5.

“Estrabón que es el más juicioso de los antiguos Geógrafos, nos dá á entender que desde el tiempo que los Fenicios se apoderaron de estas Islas, los vecinos de ellas se havian distinguido en el manejo de las hondas, lo que es suponer en mi concepto que en ocasion de dicha conquista ya estaban pobladas las Baleares. Pero y quando fué que esto aconteció? Estrabón no lo dice, y asi veamos si por otros medio lo podemos conjeturar, porque averiguarlo del todo, lo graduo por imposible después de tantos siglos, y de tanta escasez de noticias de una antigüedad tan remota”

Joan Ramis i Ramis 1818, 20-21.

ÍNDICE

Miquel Àngel María Ballester <i>Presentació</i>	9
Carlos González Wagner <i>Prólogo</i>	11
Fernando Prados, Helena Jiménez y Ángel Roca <i>Del gris al blanco. La isla de Menorca en el mapa fenicio y púnico</i>	13
<hr/>	
Adolfo J. Domínguez Monedero <i>El ejército de Aníbal, una fuerza de mercenarios</i>	17
Joan Ramon Torres <i>Pecios y ¿colonias? materiales púnicos en las Islas Baleares</i>	41
Ana María Niveau de Villedary y Mariñas <i>Nuevos datos sobre la evolución formal y estilística de los “pebeteros en forma de cabeza femenina”. A propósito del ejemplar de Torralba d’en Salort (Alaior, Menorca)</i>	85
Fernando Prados Martínez y Helena Jiménez Vialás <i>Menorca entre fenicios y púnicos: una aproximación arqueológica desde la arquitectura defensiva</i>	105

Montserrat Anglada, Antoni Ferrer, Lluís Plantalamor i Damià Ramis <i>Continuïtat cultural en època de canvis: la producció i preparació d'aliments a Cornia Nou (Maó, Menorca) durant els segles IV-III aC</i>	137
Joan C. De Nicolás, Simón Gornés i Joana M. Gual <i>Indicis d'un santuari púnico-talaiòtic en el poblat de Biniparratx Petit (Sant Lluís, Menorca)</i>	157
Helena Jiménez, Fernando Prados, Joan C. De Nicolás, Andrés M. Adroher, Octavio Torres, José J. Martínez, Iván García, Diego López, David Expósito y Sonia Carbonell <i>Prospección arqueológica en Torrellafuda (Ciutadella, Menorca). Al encuentro de la Menorca púnica</i>	181
Damià Ramis <i>Evidències de contactes exteriors al món talaiòtic a partir de l'estudi del registre faunístic</i>	201
Antoni Ferrer Rotger i Irene Riudavets González <i>Denes púniques de pasta de vidre a Menorca: el conjunt del cercle 7 de Torre d'en Galmés</i>	219
Octavio Torres Gomariz <i>Cercles menorquins: aproximación a la influencia de la arquitectura púnica en las viviendas postalayóticas de Menorca</i>	231
Andreu Torres, Bartomeu Obrador y Joan C. De Nicolás <i>Ba'al-Hammon, Caelestis y el dios del plenilunio en el santuario con taula de Son Catlar (Ciutadella)</i>	245
Bibliografia	277

MENORCA ENTRE FENICIOS Y PÚNICOS: UNA APROXIMACIÓN ARQUEOLÓGICA DESDE LA ARQUITECTURA DEFENSIVA

Fernando Prados Martínez¹
Helena Jiménez Vialás²

1. UNA ISLA (NO AISLADA) ENTRE LAS RUTAS FENICIAS Y PÚNICAS³

A pesar de la ubicación geográfica de Menorca, situada en una posición central, privilegiada –diríamos en términos estratégicos- en el Mediterráneo occidental, su vinculación con la cultura fenicio-púnica ha sido apenas valorada. Ya no sólo por los investigadores insulares, que se han acercado a este periodo de forma desigual, sino también por los especialistas en el estudio de esta cultura, que protagonizó buena parte de los principales acontecimientos históricos del I milenio a.C., y que de alguna forma han silenciado lo que Menorca está en disposición de ofrecer.

Es cierto que la historiografía más tradicional, apoyada principalmente en fuentes literarias, ha sido especialmente parca en alusiones a la isla para este periodo. Ello ha sido sin lugar a dudas una de las causas principales del aludido desconocimiento, salvo alguna excepción. También podemos justificar en parte que la enorme personalidad de la cultura talayótica, con sus fascinantes construcciones, propias de “gigantes”, ha sido capaz por sí misma de eclipsar o empujar otros impactos culturales y otros periodos, que ahora se podrían recuperar científicamente.

¿Y qué sabemos del mundo fenicio-púnico en Menorca? Antes de entrar en materia es importante subrayar que la menor de las Gimnesias se encuentra en clara desventaja, por la falta de investigaciones, frente a otros escenarios de la civilización fenicio-púnica como Malta, Sicilia, Cerdeña, la península Ibérica o las vecinas Mallorca e Ibiza. Ya hemos apuntado que el estudio de otros periodos, como el talayótico o el romano, han generado un mayor conocimiento gracias a diversos trabajos, algunos de referencia obligada (p.e. Fernández-Miranda 1978; De Nicolás 1983; Micó 2005; Orfila

1 Universidad de Alicante.

2 CNRS Traces 5608, Université de Toulouse.

3 Este trabajo se enmarca dentro del Proyecto *Modular. Análisis arqueológico y documental de la arquitectura fenicio-púnica de Menorca* que desarrollamos desde el año 2014, cuyos planteamientos y objetivos se detallan en Prados *et al.* 2015.

2006; Guerrero *et al.* 2006), mientras que el estudio de la presencia e influencia fenicio-púnica se ha desarrollado de forma muy fragmentaria, sobre todo a partir de hallazgos casuales y materiales procedentes de expolios (Fernández-Miranda y Rodero 1995). Un capítulo aparte merecen los mercenarios baleáricos, muchos procedentes de Menorca, a los que las fuentes aluden con frecuencia, ubicándolos en la mayoría de los conflictos bélicos del Mediterráneo desde finales del s. V a.C., y que han contribuido a crear en ocasiones una imagen mítica, irreal o poco rigurosa de su lugar de origen (ver el trabajo de A. Domínguez Monedero en esta misma obra).

Diversos historiadores menorquines de la segunda mitad del s. XIX y primera mitad del XX publicaron trabajos sobre la presencia fenicia y púnica (Oleo 1874; Riudavets 1885-1888 y Hernández Sanz 1908a). Con una visión filológica y positivista, tan propia de la época, algunos señalaron que en su exploración colonial, fenicios y cartagineses se habían topado con las Islas Baleares, así llamadas en honor a su divinidad mayor, Baal (Prados *et al.* 2015). Como quiera que mucho de los objetos metálicos característicos de la cultura talayótica iban acompañados de materiales claramente fenicios, se llegaron a caracterizar como orientales todos ellos (Hernández Sanz 1908a, 92), algunos con bastante razón como han demostrado revisiones recientes (Graells *et al.* 2014, 42).

Para el periodo púnico, que los historiadores han convenido en situar a partir de la caída de Tiro a mediados del s. VI a.C., con el consiguiente auge de Cartago (Costa y Hernández 1991), Menorca sí tuvo una mayor relevancia histórica (Guerrero *et al.* 2006), como parecen reflejar las menciones de autores de primer orden como Tito Livio.

Aunque la investigación fue superando paulatinamente la visión filológica imperante, basada en la tradición literaria –textual y no contextual-, se buscaba en el registro material la explicación a los hechos referidos en las fuentes, como el reclutamiento de los mercenarios y la fundación de la ciudad de *Mago* en plena II Guerra Púnica; sin embargo, comenzó a haber también una reflexión sobre aspectos “puramente arqueológicos”, diríamos, como la fortificación de los poblados, los cambios en los tipos de viviendas, los niveles de incendio y abandono de ciertos asentamientos, así como a la omnipresente cerámica púnico-ebusitana (Murray 1938; Serra 1965).

Sin ánimo de ser exhaustivos y a modo de introducción, sí cabe referir que trabajos más recientes vienen otorgando un mayor protagonismo a Menorca en el marco del conflicto romano-cartaginés (Plantalamor y Rita 1988; Plantalamor 1991a y 2000; Sánchez León 2003; Castrillo 2005; Orfila 2008), alguno de ellos incluso acompañado de información arqueológica relevante procedente de diferentes intervenciones, tanto en contextos urbanos, como es el caso de la propia *Mago*-Maó, como en alguno de los enclaves más importantes como Trepucó (Plantalamor 2000) o Son Catlar (Juan *et al.* 1998).

2. MENORCA Y EL IMPACTO COLONIAL FENICIO (SS. VIII-VI A.C.)

Antes de abordar el tema que acontece, que se apoya en los trabajos arqueológicos que desarrollamos actualmente en Menorca (Fig. 1), especialmente orientados a las fases postalayóticas, sí queremos remarcar que la ciencia arqueológica se encuentra en disposición de manifestar un impacto fenicio anterior, que desde luego no podemos calificar de “colonización” (no hay colonias), pero sí de prácticas de contacto que podrían entrar dentro del concepto más amplio y versátil, de “colonialismo” (Dietler 2009; Domínguez Monedero 2002), cuyos posibles efectos hemos de referir aquí, aunque sea sucintamente, pues la ocasión lo merece.

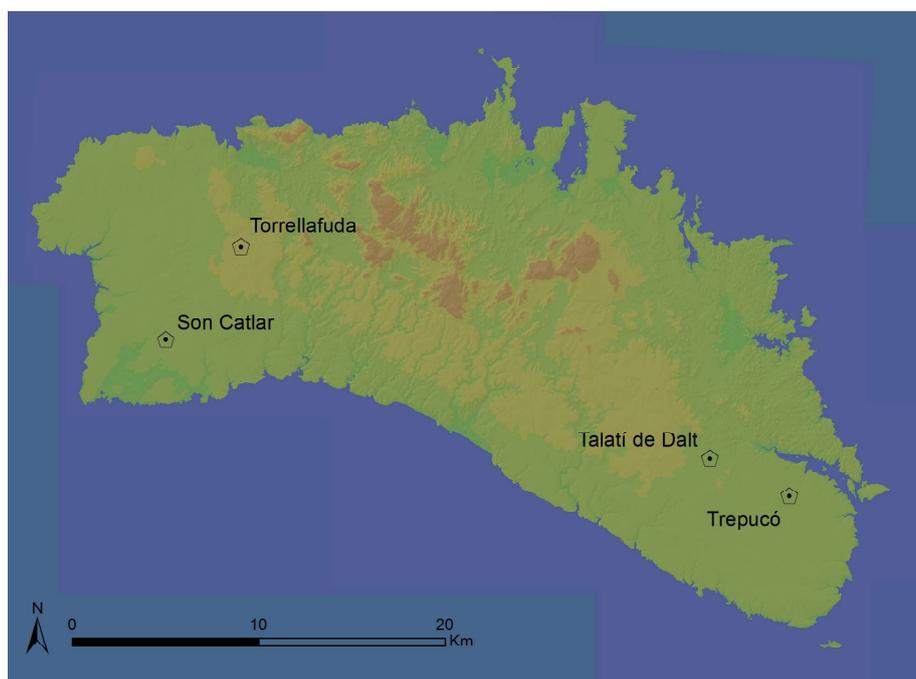


Fig. 1. Mapa de Menorca con los principales yacimientos estudiados en el texto.

Queremos poner el acento en el inicio del llamado “periodo Talayótico” (fechado generalmente entre el 850 –aunque recientes dataciones adelantarían su inicio a finales del II milenio a.C.⁴ - y el 550 a.C.), coincidente en líneas generales con la expansión y consolidación de la colonización fenicia en Occidente, y que arranca con cambios sustanciales de índole social que condujeron a la eclosión de los *talaiots*, majestuosas obras colectivas y verdaderos símbolos de cohesión social (Lull *et al.* 2008, 23). En esta fase, las comunidades talayóticas se articulan en unidades domésticas no agregadas, aunque próximas entre sí; parecen autónomas en cuanto a la producción y unidas

4 Las dataciones radiocarbónicas del edificio sur de Cornia Nou ofrecen el intervalo 1100-900 a.C. como fecha *ante quem* para la construcción del *talaiot* oeste (Anglada *et al.* 2014).

por lazos colectivos (como lo es construir un *talaiot* o cuidar del ganado común), y con una clara tendencia al igualitarismo (Gasull *et al.* 1984). Los *talaiots* se imponen sobre particularidades familiares y parecen desplazar en estos momentos a las cuevas de enterramiento que se mantenían desde el II milenio a.C., como encarnación de la comunidad, de lo colectivo.

En cuanto a su significado y funcionalidad, debieron de ser sin duda elementos polisémicos y polifuncionales, y se ha apuntado a posibles usos funerarios o religiosos, o más prosaicos, como almacén o lugar de reunión, etc., aunque sin duda su faceta más clara es la de referencia visual y de control del territorio (Ferrer *et al.* 2014, 11). Ganar unos metros de altura en el paisaje menorquín supone en casi todos los casos otear la costa y la mayoría de las veces desde un *talaiot* son visibles otros.

Es en estos momentos cuando aparecen objetos de origen foráneo que reflejan un intercambio comercial con los fenicios, asentados en Ibiza ya desde el s. VIII a.C. (Ramón 2007). Destacan objetos de prestigio como el célebre Imhotep de Torre d'en Galmés, quién sabe si reflejo de un intercambio de don y contra-don consumado entre los fenicios y las élites locales (Riudavets 2011, 16), como fase inicial de un comercio que llegaría a ser habitual. Este periodo supone además el surgimiento de determinados elementos de culto fenicios, que comienzan a aparecer en los santuarios, caso de Monte Toro, que debido a su posición central elevada pudo funcionar como punto de confluencia para establecer relaciones sociales y económicas a modo de santuario supraterritorial (De Nicolás 2015b, 132).

Los cambios que se aprecian en la fauna y en la alimentación en el análisis realizado por C. Rihuete en la Cova des Càrritx han de servir de referencia para marcar el inicio de ese proceso. En este estudio, se detecta nada menos que la introducción del pescado y de otros productos marinos ya en el s. VIII a.C. (Rihuete 2003). Esta investigadora demuestra que con anterioridad se consumen únicamente productos animales (carne) y sus derivados (leche), al tratarse de comunidades eminentemente ganaderas. Sin embargo, desde finales del citado siglo todo parece cambiar, al aparecer el pescado junto con formas cerámicas abiertas. En efecto, en otros trabajos se constata la incorporación de nuevas especies animales y nuevas formas cerámicas que denotan diferentes formas de almacenar, preparar y consumir los alimentos (ver el trabajo de D. Ramis en esta misma obra). Si bien los cambios en la dieta es un proceso bien constatado en el entorno de las principales áreas de presencia fenicia en el Mediterráneo central y occidental desde inicios del I milenio a.C., conviene señalar también que la base de la alimentación continuó siendo la misma que en la fase anterior –carne y cereales– y que, por tanto, las comunidades talayóticas supieron enriquecer y transformar sus tradiciones culinarias pero no sustituirlas completamente (ver el trabajo de M. Anglada, A. Ferrer, Ll. Plantalamor y D. Ramis en esta misma obra).

Asimismo, en los citados estudios sobre las cuevas de enterramiento, se detectan los primeros indicios de conflictividad y de violencia física: muertes violentas, presencia de fracturas y de golpes contundentes en la cabeza, así como en el lado izquierdo de los esqueletos. En paralelo, todo ello se adereza con la incorporación de armamento en los ajuares, antaño ausente, que pueden ser reflejo de la existencia de una nueva casta guerrera constructora de los *talaiots* (Rihuete 2003).

Sobre este ambiente de inseguridad, competencia o conflictividad entre grupos, viene a incidir uno de los aspectos más destacados de esta fase, aunque en un segundo momento: la construcción de murallas. Las comunidades mantienen la tradición arquitectónica talayótica, aunque estas obras denotan la existencia de grupos nutridos demográficamente y de una incipiente –o ya consolidada- cohesión social amparada seguramente por una marcada coerción ideológica.

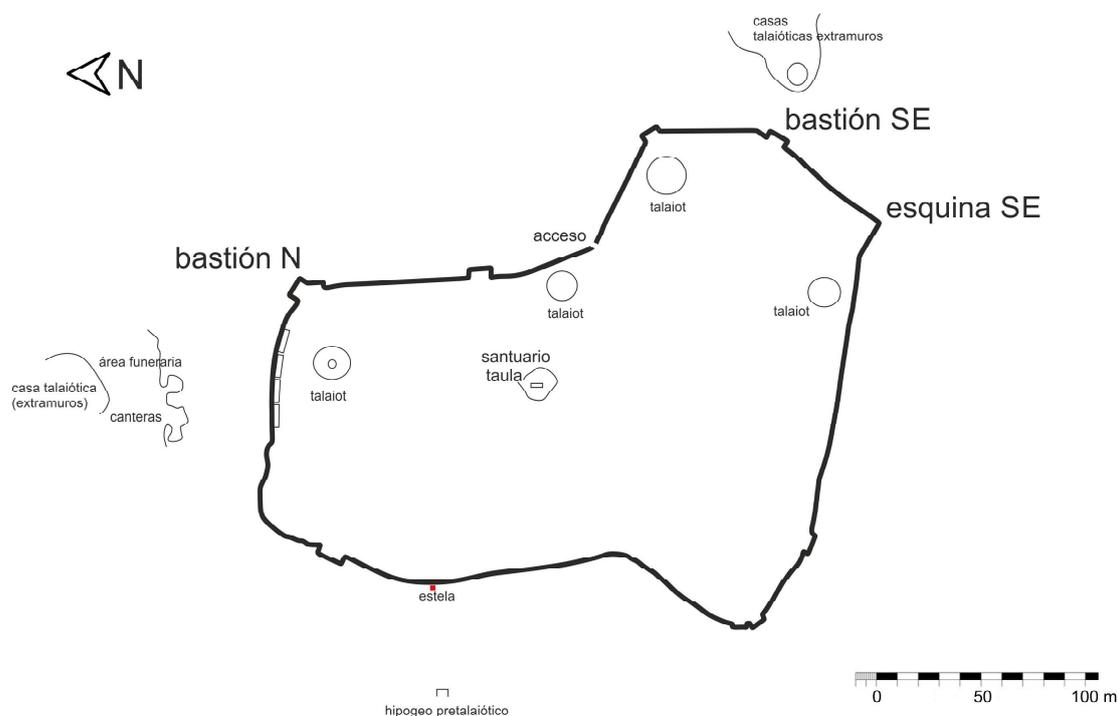


Fig. 2. Planta esquematizada de Son Catlar, realizada a partir del dibujo de L. Plantalamor y J. Gual.

Es interesante señalar que la fortificación del territorio implica necesariamente un proceso de urbanización avanzado, o al menos en marcha (Hill y Wileman 2002), y por tanto una progresiva complejización social que se refleja en una territorialización de las comunidades, en la existencia de obras colectivas y por tanto de una división social del trabajo. Aparentemente, en Menorca la única muralla que parece concluida es la de Son

Catlar (Fig. 2), aunque nuestras prospecciones en Torrellafuda apuntan a que este poblado menor también pudo estar completamente rodeado de una potente defensa, aunque quizá en unas cronologías más recientes. Otras fortificaciones de interés son las del poblado de Santa Rosa d'Egipte⁵, quizás concluida en todo su perímetro, y ciertas plataformas para artillería de torsión que rodean el gran *talaiot* de Talatí de Dalt, de técnica y modulación idéntica a las de Son Catlar, pero claramente inconclusas.

Para entender el porqué de estos cambios y en concreto las fortificaciones, debemos mirar dentro de las sociedades talayóticas, indudablemente, pero también fuera, más allá de los conflictos locales, o la rivalidad entre poblados, para ahondar en lo que entendemos como una progresiva incorporación de Menorca a los circuitos comerciales que operaban los fenicios. Las dataciones que se manejan para esos cambios señalan, como decimos, que en torno al s. VIII a.C. algo sucede en la isla que empuja a las comunidades talayóticas a protegerse –lo que denota una sensación de peligro y por tanto situaciones de violencia- pero al mismo tiempo genera cambios en un ámbito tan conservador como la dieta. Por un lado, la propia evolución de las comunidades provoca una creciente competencia entre grupos por los recursos de un territorio cada vez más controlado y antropizado, y por otro lado, el acceso a los circuitos comerciales mediterráneos, de manos de los fenicios de Ibiza seguramente, facilita el acceso de las élites a bienes de prestigio como armas, adornos personales, objetos de culto, vino, aceite, perfumes, etc. que van a incidir sobre una creciente diferenciación social.

Se trata, en suma, de una serie de evidencias que curiosamente eclosionan en Menorca y en otros lugares del Mediterráneo occidental, como el sur y levante peninsular, en un mismo momento, a la par que arriban los fenicios, cuya presencia parece haber funcionado de “catalizador” de procesos sociales que ya estaban en marcha (Guerrero *et al.* 2002; González Wagner 2007; Belarte 2009; Marzoli *et al.* 2010).

3. MENORCA EN LA II GUERRA PÚNICA: LA DOCUMENTACIÓN LITERARIA

Ya hemos adelantado que el conocimiento del papel de Menorca en el escenario del conflicto romano-cartaginés deriva exclusivamente de las exiguas referencias textuales. Aunque la estancia de Magón, el hermano menor de Aníbal, durante el invierno del 206-205 a.C. ha sido tratada con cierta frecuencia (recientemente con detalle en Costa 2015), apenas hay referencias arqueológicas claras debido a dos razones: por un lado, a la falta de proyectos de investigación sistemáticos, y por otro, a la de publicaciones exhaustivas que presenten información contextual de algunas de las intervenciones realizadas en el campo de la arqueología urbana.

5 Apreciación que debemos a Joan Benejam (Societat Històrica Arqueològica Martí i Bella) a quien agradecemos su colaboración con nuestro proyecto.

Sin un refrendo claro en la documentación, algunos trabajos clásicos señalaron que hacia el año 252 a.C., durante la I Guerra Púnica, los menorquines se rebelaron contra una guarnición cartaginesa, que fue eliminada a la par que se ahuyentó del puerto de Maó a la flota. Ello habría motivado el viaje en persona de Amílcar Barca para sofocar el alzamiento y para asegurar la leva de mercenarios, que se desarrollaba frecuentemente. Aunque se consideraba sin fundamento que Aníbal hubiera nacido en Menorca, como había sugerido a mediados el s. XVIII el historiador británico John Armstrong, sí se reconoce que la isla pudo ser adepta a la causa de Cartago cuando acogió a la flota del general Magón en el invierno de 206-205 a.C., en el seguro puerto que lleva su nombre, donde estableció el campamento que dio origen a la ciudad de *Mago*.

Independientemente de lo que dicen las fuentes de los vencedores, todo ello ha sido puesto en entredicho por la parquedad de la información proporcionada por la arqueología. Ello ha supuesto la nula apreciación académica del fenómeno fenicio en las Baleares, matizándose incluso su participación en las guerras púnicas. Sólo en los últimos veinte años, V.M. Guerrero Ayuso, junto a otros investigadores, han desarrollado una inmensa labor para poner en valor el fenómeno fenicio-púnico en estas islas, si bien con mayor incidencia en Mallorca. Tras estudiar con detalle los asentamientos púnicos del islote de Na Guardis y de la Colònia de Sant Jordi, Guerrero centró el tema de su tesis doctoral en la presencia púnica en Mallorca (Guerrero 1997). En los últimos años se ha abordado con detalle la interacción de fenicios y púnicos con la cultura talayótica a partir de importantes revisiones críticas de sus secuencias cronológicas (Guerrero *et al.* 2002; Guerrero 2008).

Pero decíamos antes que la referencia más destacada de las que disponemos es el célebre paso de Magón el cartaginés por Menorca en 206 a.C., y la fundación de un enclave urbano homónimo sobre el puerto. El menor de los Barca, formado como general en la campaña de Italia junto a su hermano Aníbal, llegó a Menorca tras un accidentado paso por la Península, donde acababa de sufrir importantes derrotas y de presenciar la conquista romana de Cartagena. La experiencia negativa que supuso la pérdida de la capital bárquida a manos de Escipión, con el enorme despliegue técnico y potencia del ejército romano que asedió la ciudad, hubo sin duda de inspirar al general cartaginés para el diseño de fortificaciones como, por qué no, las analizadas en Menorca. Magón ya conocía las Baleares, y este hecho también hubo de ser clave para lo que explicaremos a continuación. Tito Livio ya alude a una primera visita de Magón al archipiélago para reclutar mercenarios que habría tenido lugar en el 208 a.C., justo después de librarse la batalla de *Baecula* en la campaña jiennense (Livio XXVII, 20, 7).

La última gran derrota púnica en *Ilipa* en 206 a.C. provocó que los restos del ejército y la flota bajo el mando de Magón se refugiase en *Gadir*, que mantenía cierta autonomía y que se había convertido en el último gran puerto pro-cartaginés durante esta etapa final de la guerra en Iberia. Una vez allí, Magón recibió la orden de acudir al norte de Italia con toda

la flota, para reclutar aún más mercenarios y tratar de dirigirse al sur y reunirse con Aníbal. Este hecho suponía una huida, una renuncia a la península Ibérica, que quedaría en manos de las tropas romanas. Igualmente, constituía una arriesgadísima maniobra, echarse al mar “a la desesperada”, y nada menos que con todo lo que quedaba de la flota cartaginesa.

El conocimiento previo de las Baleares, como decíamos, hubo de ser fundamental a la hora de elegir las como escala en este arriesgadísimo y agónico periplo. Tito Livio nos narra cómo, a inicios de la temporada otoñal, Magón detuvo la flota en Ibiza, donde fue acogida pacíficamente (XXVIII, 37, 3-4). Este recibimiento se ha interpretado por parte de los investigadores como muestra de la fidelidad de la isla a la causa púnica, que pudo haber tenido incluso algo así como un “gobernador” afín (Costa 2015, 134). Allí pudieron paliar con mercenarios las bajas de soldados que habían padecido en las últimas acciones de Iberia, y después continuaron hacia Mallorca, donde pretendían nutrirse también de guerreros, pero fueron hostilmente recibidos, no pudiendo siquiera acercarse a la costa debido a la nube de piedras y proyectiles que les lanzaron.

La siguiente escala entonces fue Menorca, donde Tito Livio describe el desembarco de la flota y el emplazamiento de un campamento en un lugar bien defendido ubicado por encima del puerto, esto es, *super Portum loco munito castra locant* (XXVIII, 8-9). De esta referencia cabe subrayar la actitud pacífica de los lugareños, en contraposición a la descrita en Mallorca, lo que ha de ser fundamental para comprender buena parte de los indicios que iremos desgranando en los siguientes apartados y la actitud aparentemente pro-cartaginesa de los menorquines. Allí pasaron todo el invierno y tras alistar a unos 2000 auxiliares que fueron enviados a Cartago, zarparon con destino a la costa Ligur a inicios del verano del 205 a.C. con un potente ejército compuesto de 12000 infantes y 2000 jinetes. Según Tito Livio la flota estaba compuesta de 30 naves de guerra y numerosos transportes que hubieron de trasladar de nuevo a Italia toda la intendencia necesaria (XXVIII, 46).

Todo apunta a que el lugar elegido en Menorca para el ataque fue el magnífico puerto natural de *Mago*-Maó (Sánchez León 2003; Costa 2015, entre otros), que pudo recibir ya entonces el nombre del general cartaginés Magón, que se habría conservado hasta la actualidad. Hasta aquí la descriptiva referencia literaria; veamos ahora qué pueden aportar las fuentes materiales para tratar de profundizar en el tema.

4. MENORCA EN LA II GUERRA PÚNICA: EL CRECIENTE REGISTRO MATERIAL

Desde el s. VI a.C. se inicia el periodo denominado por la historiografía tradicional “Postalayótico” o “Talayótico final” (encuadrado *grosso modo* entre los años 550 y 123 a.C.), y visiblemente ligado a dos acontecimientos fundamentales: la consolidación de Cartago como la nueva metrópolis comercial al inicio del periodo, y por otro, la conquista romana de las Baleares, que marca su final (Fernández-Miranda 1976;

Orfila *et al.* 1984). La política expansionista de Cartago conllevó que en las islas y zonas costeras del Mediterráneo occidental se fundasen centros urbanos, se adecuasen puertos y fondeaderos naturales y se desarrollasen sectores económicos principales como la pesca y la agricultura (Bendala 1987); Cartago incluso estableció redes de control del litoral a partir de la construcción de puntos de comunicación y de observación (Sala *et al.* 2016).

Si esta política se llevó a cabo en las principales islas del Mediterráneo occidental, e incluso también en archipiélagos e islas menores como las Égadas, Pantelaria, Lampedusa, Zembra, Kerkennah o La Galite, no es posible que la *Balearis minor* quedase al margen de un similar desarrollo arquitectónico e incidencia cultural, ya que existen evidencias más que suficientes para demostrar que Menorca se encontraba en el centro de las principales rutas comerciales (Guerrero *et al.* 1991; Aguelo y Pons 2011; Aguelo *et al.* 2013; Talavera y Contreras 2015), y que por ello era destino de incursiones piráticas de distinta índole. También el registro arqueológico documentado en la práctica totalidad de los yacimientos menorquines presenta índices notables de material importado que viene a subrayar la inserción de la isla en la órbita cultural y económica púnica o púnico-ebusitana (véanse, a modo de ejemplo, los contextos publicados de Talatí de Dalt: Juan y Pons 2005).

El inicio del periodo postalayótico se define, de nuevo, por una sucesión de cambios bruscos y en ocasiones violentos, a tenor de las evidencias que se detectan en el registro arqueológico. El s. V a.C., por ejemplo, va a suponer entre otras cosas el fin de la construcción de los *talaiots*. Igualmente, son varios los enclaves habitacionales que presentan evidencias de incendio y destrucción, dentro de un clima generalizado de violencia (Lull *et al.* 2008, 26). Asimismo, en los contextos funerarios excavados, aparecen de nuevo armas entre los elementos destacados del ajuar y se aprecian lesiones en los restos humanos, lo que es puesto en relación por los especialistas con acciones violentas, que fueron muchas veces letales. También desde ese siglo comienzan a aparecer las referencias a los mercenarios baleáricos en algunos de los conflictos más importantes a escala mediterránea. Pero serán las murallas, las defensas de los poblados, los elementos que mejor caractericen el importante crecimiento demográfico del momento, por un lado, y la citada inestabilidad del periodo, por otro. Este despegue poblacional va a provocar, asimismo, la división interna de las estructuras domésticas y la aparición de mejoras tecnológicas y tipológicas en la arquitectura, con la puesta en desarrollo de nuevas técnicas y aparejos constructivos (Torres 2015).

El abandono definitivo de la construcción de *talaiots* y la amortización de los existentes que serán en ocasiones usados como cantera para extraer sus bloques, o incorporados como parte estructural de las murallas, va a significar el final de una época. Consideramos que el *talaiot*, ejemplo del trabajo mancomunado, signo y rango de un grupo, va a ser sustituido por la muralla. La *dignitas*, en el sentido clásico, que suponía para la comunidad local la posesión de este monumento y su tamaño, va a ser

ampliada y mejorada con la *securitas*, a través del desarrollo de un dispositivo más completo, la muralla defensiva, que va a perfeccionar esa *dignitas* en el marco de una acción igualmente colectiva. En Menorca, como en otros espacios mediterráneos, se va a apreciar esa dialéctica entre *securitas* y *dignitas*. La suma de ambos conceptos va a generar un espacio sagrado y protegido, el hábitat, que se proyectará al exterior gracias a la monumentalidad de la muralla y que supondrá uno de los pilares del nuevo horizonte urbano y la renovada estructura social. Un magnífico ejemplo de todo lo comentado será la muralla de Son Catlar (Ciutadella) como veremos detalladamente.

Junto a la fortificación, la comunidad precisará de un santuario cívico como elemento de cohesión y legitimidad religiosa; ocupará un espacio propio, significativo, y muchas veces adosado al *talaiot* como vínculo directo con los antepasados: este espacio será el santuario de taula. Cuando no se adosa al *talaiot*, el santuario se encuentra exento, sin que ninguna casa se le adose, ocupando un lugar abierto delante de una plaza que permita a los fieles seguir y participar de los ritos religiosos. La taula, aún de controvertida interpretación, es la parte principal de este espacio, pero no la única. Se inserta en un complejo de planta absidal o de herradura, con cuidados paramentos y un acceso adintelado, todo ello de enorme monumentalidad.

La fachada del santuario es alargada, tendente a formas cóncavas, constituida por grandes lajas de piedra. El interior está subdividido por pilastras adosadas al paramento interno del muro perimetral, actuando de contrafuertes a nivel estructural, y generando espacios pequeños de planta semicircular, a modo de “capillas”, en los que además se practicaron pequeños nichos cuadrangulares adintelados, como en Torralba d'en Salort. En el interior se localizan estructuras de combustión, bancos, altares y plataformas de piedra, y el escaso registro conocido hasta el momento ofrece restos de ovicápridos sacrificados, un sinfín de exvotos y elementos importados de procedencia mediterránea, fenicia y púnica (De Nicolás 2014 y 2015a, 271), aunque la taula sería en sí, en nuestra opinión, el objeto principal de culto. Parece evidente, pues, que ya al menos en el s. IV a.C., las sociedades talayóticas han generado una liturgia perfectamente establecida, adoptando aspectos de la cultura fenicio-púnica como la comensalidad, pero adaptándolos a sus usos y necesidades religiosas particulares (Gornés 2008; Sánchez *et al.* 2016).

La arquitectura doméstica que va a poner en práctica la población, al contrario que en los santuarios, se caracteriza por su agregación. Las viviendas, que son además verdaderas unidades productivas, se concentrarán siempre dentro de la muralla, buscando protección e inserción en la comunidad, y reducirán su tamaño, evidenciando el paso de las familias extensas a las familias nucleares. La erección de los circuitos fortificados va a suponer que algunas casas se queden fuera del perímetro, ya que el hábitat disperso de la fase anterior generaba necesariamente poblados más extensos, que quedan en parte ahora fuera del trazado defensivo. Esto se aprecia a la perfección en Torrellafuda y en Son Catlar, dos de los ejemplos en los que venimos trabajando desde 2014.

Otra manifestación novedosa de la cultura urbana o proto-urbana del Postalayótico es que se va a habilitar un espacio específico para los muertos; de nuevo, como en fases anteriores (Lull *et al.* 2008, 22), se van a recuperar las prácticas funerarias de cara a la consolidación de las nuevas relaciones sociales y políticas. Todas estas actuaciones equiparan la sociedad talayótica a sus contemporáneas a escala mediterránea. Pero aunque se cubran las necesidades de este nuevo orden social, al menos en el plano teórico, estas van a reflejar una mayor desigualdad, por lo que se puede apreciar en los distintos modelos de casas, y en la riqueza de los ajuares domésticos y funerarios.

Uno de nuestros principales retos es el de desgajar el difuso conglomerado postalayótico de tan amplio marco cronológico (hacia 550-123 a.C.), que corresponde *grosso modo* al periodo talayótico IV en la cronología tradicional (Orfila *et al.* 1984), en diferentes fases y subfases visibles en otros ámbitos próximos, evaluando distintos impactos coloniales y respuestas locales. También es necesario considerar lo que debió implicar la referida fundación de la ciudad de *Mago-Maó* (206 a.C.) en el mejor puerto natural del Mediterráneo occidental durante la II Guerra Púnica (Sánchez 2003). Al respecto, cabe recordar que la fundación de ciudades fue una de las principales acciones políticas del llamado “imperialismo bárquida”, bien atestiguada arqueológica y textualmente en otros ámbitos como Cartagena, Carmona o Alicante (Bendala 2015). Para la erección de los nuevos centros urbanos siempre se tuvo en cuenta, aparte de criterios geoestratégicos en clara relación con la vocación talasocrática púnica, la elección de áreas con una secular presencia fenicio-púnica, con poblaciones autóctonas ya inscritas, de alguna forma, dentro de su órbita cultural. Ello, para el caso menorquín, pudo ser plasmación de los encuentros y relaciones comerciales desarrollados en la isla desde finales de la Edad del Bronce, que se habrían visto acentuados por la vuelta a casa de mercenarios que habían formado parte de los ejércitos púnicos.

A primera vista, la escasez de elementos susceptibles de estudio y en especial la inexistencia de emporios o colonias en la isla, bien podría ser interpretada como la plasmación del “escaso” interés de fenicios y cartagineses por Menorca, aspecto que no creemos de tan fácil lectura. En el estado actual de conocimiento no podemos dar respuesta a estas premisas, es decir, a si las investigaciones han sido ciertamente escasas o si escaso fue el interés de fenicios y cartagineses por la isla. Dar respuesta a esto, a fin de caracterizar las relaciones establecidas entre las comunidades talayóticas y las potencias marítimas del I milenio a.C., y valorar su impacto mutuo, es una de las principales motivaciones del Proyecto *Modular*.

Cabe reseñar, por último, que la arqueología urbana ha sido parca en datos y, sobre todo, en publicaciones. Las intervenciones realizadas en Maó apenas han ofrecido información relevante que pueda señalar con firmeza la ubicación del enclave bárquida bajo la ciudad actual (Plantalamor y Rita 1988; Plantalamor 1991a). Tan solo algunos niveles puntuales como los excavados en la Plaça de la Conquesta aportan materiales

anteriores a la remodelación de época romana republicana. Estos registros, aunque no son concluyentes, tampoco impiden que sea imposible la identificación positiva. Como sucede otras tantas veces, sólo futuras intervenciones permitirán fijar con firmeza las hipótesis que se vienen planteando desde hace décadas. Los avances que presentamos desde nuestro proyecto, pues, vienen a ampliar el dossier documental, un hecho importante para ampliar información sobre este periodo crucial de la historia insular en particular y del conflicto romano-cartaginés en general.

5. LAS FORTIFICACIONES: UNA EVIDENCIA SILENCIOSA

Si nuestra reflexión es cierta, es preciso no solo rodear la ciudad de murallas, sino que deben, además de servir de ornato, ser capaces de resistir todos los tipos de ataque, y sobre todo los de la táctica moderna.

Aristóteles *Política* IV, 10



Fig. 3. Detalle de los sillares almohadillados y la anathyrosis del bastión SE de Son Catlar.

En este trabajo hemos querido centrarnos en las fortificaciones, que son, a primera vista, uno de los elementos que pueden permitirnos tratar de reconstruir un proceso histórico de primera magnitud como es el que tenemos entre manos. Se trata de un registro silencioso, pero no mudo, pues está dispuesto a ofrecer información de enorme relevancia si somos capaces de efectuar las preguntas científicas oportunas. Ya hemos visto cómo los poblados talayóticos, al menos inicialmente, estaban aparentemente despreocupados

por sus defensas. Creemos más que probable que la inserción de Menorca dentro de las redes de comercio a escala internacional trajo consigo la necesidad de organizar la defensa de los poblados, sobre todo de aquellos que alcanzaron un desarrollo relevante, caso de Son Catlar (Fig. 3) o Trepucó. Pero no sólo se organizaron para defenderse de las potencias que campaban por el Mediterráneo occidental a sus anchas, sino también de los abundantes piratas de la región, que veían toda zona costera como posible “presa”.

Las fortificaciones talayóticas y postalayóticas han sido clasificadas de forma general, tipológicamente, sin entrar en detalles concretos sobre sus fases, sus visibles remodelaciones y adaptaciones, o sus elementos activos y pasivos. Se trata, como otras tantas veces en el caso de la arqueología menorquina, del reflejo de una falta de excavaciones y de investigaciones sistemáticas, o del ensombrecimiento provocado por la deslumbrante cultura de los *talaiots* y las “misteriosas” taulas. Bajo el concepto de “muralla del poblado talayótico” ha quedado enmascarado un volumen ingente de información que hay que reunir, describir, clasificar y, en la medida de lo posible, datar por diferentes medios, a pesar de las dificultades. Un acontecimiento de la magnitud de la construcción de una muralla, por lo que indica de desarrollo técnico y sobre todo de trabajo colectivo, ha de vincularse a un momento clave y vital del desarrollo de cualquier comunidad humana.

Aunque parezca lo contrario, no son muchas las fortificaciones menorquinas, y mucho menos las que presentan circuitos completos, que permitan estudiar su funcionalidad y su efectividad en el sentido poliorcético. En el marco de nuestro proyecto, hemos empezado por las mejor conservadas por razones obvias, tratando de evaluar la presencia de elementos defensivos exógenos, no propiamente locales, que han sido profusamente estudiados en otros espacios de la cuenca mediterránea. El manejo de las obras clásicas sobre la poliorcética greco-helenística (por ejemplo Bakhuizen 1970; Garlan 1974 y 1975; Leriche y Tréziny 1986; Adam 1982, entre otros), vital para cualquier estudio de este tipo, ha sido básico en el arranque de nuestro estudio, tan importante o más que el propio trabajo que hemos llevado a cabo sobre el terreno.

Murallas como las de Torrellafuda o Son Catlar, dos de las que han centrado nuestro análisis en detalle, presentan una sucesión de elementos propios de un fenómeno de adaptación a una nueva situación bélica, pues van más allá de lo meramente “emblemático” por bien que una muralla siempre sea, como ya hemos dicho, la carta de presentación de una comunidad cívica. Es bien conocido que las murallas tuvieron un carácter *proléptico*, es decir, fueron la imagen que la ciudad quiso proyectar al exterior (Greco y Torelli 1983), algo así como su blasón o su carta de presentación (Moret 1998, 84). Los elementos que vamos a ir comentando con más detalle sólo pueden ser entendidos en el marco de la necesidad de adaptar la defensa de los poblados a un nuevo horizonte militar, en un ejercicio de actualización. No olvidemos que las técnicas de defensa van íntimamente ligadas a las novedades en las técnicas de ataque y asedio, y en ellas se

aprecia por lo general cierta exageración o sobredimensionamiento (Quesada 2007, 76). Con lo estudiado en los casos menorquines analizados podemos afirmar que esta cuestión fue un hecho.

Tanto de Torrellafuda como de Son Catlar tenemos múltiples paralelos en otros puntos del Mediterráneo entre los ss. IV y III a.C. Siempre en zonas de conflicto, realizadas con cierta premura e inmediatez, como en el caso helenístico de Salgameus en Beocia, Dema, Pleuron, Kydna, Goritza o el programa que desarrollaron los Hecatómidas para la defensa del territorio de Caria. Un paralelo muy próximo a Son Catlar, por ejemplo, es la defensa de Kastro Kalithea en Larissa, precisamente adaptada a la maquinaria de guerra romana (Surtees 2012; Chykerda *et al.* 2015), en un ejercicio y contexto que podríamos comparar con el que se aprecia en las defensas del enclave púnico del Tossal de Manises (Alicante), que ha sido objeto de debate precisamente por su capacidad de albergar artillería defensiva (Gracia 2006, 147; Quesada 2007, 88). Se trata de defensas organizadas con perímetros de 800-1000 m, que dejan partes del hábitat fuera por razones de tiempo y esfuerzo, y para que sean más fáciles de defender, sobre todo cuando la población no es muy numerosa. En estas murallas, plenamente activas, destacan las poternas, los bastiones de planta rectangular que sobresalen poco de los lienzos, los muros dobles, los sistemas de flanqueo con lienzos cóncavos, las plataformas para ubicar maquinaria de torsión, las cremalleras y los adarves.

Las cronologías están por concretar, aunque la puesta en funcionamiento de diversas novedades defensivas aporta, cuanto menos, unas dataciones relativas, que nos sitúan de forma aproximada entre principios del s. IV y mediados del II a.C. Los autores más clásicos (Tréziny 1986, 200) se apoyan en Diodoro y hablan de los mercenarios como los agentes difusores del modelo durante los ss. IV y III a.C., apoyándose en el ejemplo de Morgantina, donde por cierto hubo mercenarios baleáricos (Diodoro XIII, 44, 62, 85). Se trata de novedades que surgen en el marco de las guerras de Sicilia, y que desde ahí, como foco originario, parten hacia Oriente y Occidente. Habrá de ser en este proceso donde hemos de enmarcar los ejemplos menorquines, que podemos situar sin problema en el marco de esa cultura arquitectónica “helenística” o “púnico-helenística” al tratarse del área occidental mediterránea.

Si la fortificación se concibe generalmente para dar una respuesta eficaz a unas condiciones y amenazas militares, habrá que buscar los acontecimientos históricos que justifiquen su construcción para tratar de datarlas. Estamos totalmente de acuerdo con F. Quesada cuando indica que “la mejor fortificación es aquella que nunca es atacada (...) y la mejor forma de conseguir ese objetivo es impresionar hasta la disuasión” (2007, 76). Sólo podremos entender esta red de defensas activas en el marco de una amenaza concreta que, en el caso de Menorca, bien pudo ser la II Guerra Púnica o la conquista romana, es decir, o el último cuarto del s. III o la primera mitad del II a.C. Otros acontecimientos referidos por la historiografía tradicional y por la documentación literaria serían los citados ataques

de piratas, seguramente frecuentes, aunque dudamos que fuesen los causantes directos de estas defensas. El tipo de *razzias* breves y dinámicas de los actos piráticos no pudieron en caso alguno provocar la puesta en funcionamiento de determinados elementos defensivos que únicamente serían útiles para superar ataques organizados o asedios, siempre de una naturaleza estática a tenor de los elementos defensivos puestos en práctica, como veremos.

Las murallas presentan elementos *neutros*, que podemos encontrar en otros tipos de construcciones, no necesariamente militares; elementos *atípicos*, que en el caso militar se perpetúan sin grandes variaciones, y los elementos *típicos*, de poca duración, que son los que se convierten en fósiles directores (Pimouguet-Pédarros 2000, 33). Estos últimos pueden fijar cronologías relativas ya que reflejan de forma precisa la adaptación de las técnicas defensivas a los procedimientos de ataque (Garlan 1974, 13). En los dos ejemplos estudiados con más detalle lo que se observa es la adaptación de un modelo defensivo pasivo, similar a los que se conocen en los ambientes hispanos de la Edad del Bronce (masivos, megalíticos y lineales) a otro activo, con la construcción de numerosas soluciones defensivas adaptadas a la maquinaria de ataque. Algunas características masivas de las defensas postalayóticas entrarían dentro de la categoría “ciclópea” definida por M.L. Serra (1965), quien dedicó parte de sus trabajos a caracterizar sus técnicas constructivas (1965, 154).

Ya hemos avanzado que las murallas son poco frecuentes en la arqueología menorquina (Plantalamor 1991a, 249); en algún caso, como en Torre d'en Galmés se atribuye su construcción a la necesidad de control territorial. En Trepucó, la construcción de la muralla obligó a arrasar parte del caserío (Plantalamor 1991a, 249), es decir, se primó la eficacia defensiva sobre el espacio habitable. Además, aunque no parece conservarse la totalidad del circuito murado, sí se detectan torres cuadradas adosadas, unos quiebros en forma de cremallera y unas poternas con acceso en recodo situadas a la derecha de las torres, que las protegen desde el flanco de manera similar a Kasarmi (Adam 1982, 94) o a las murallas púnicas de Eryx (Erice, Sicilia). Para su excavador, Trepucó presenta además rasgos que evidencian un trabajo realizado con cierta premura o urgencia (Plantalamor 1991a, 250). Por todo ello, pensamos que estas obras han de relacionarse con algo más que con problemas de conflictividad interna a escala local.

Junto al citado trabajo de síntesis de Plantalamor, en Menorca se han realizado varios intentos de sistematización de las fortificaciones, tratando incluso de establecer un modelo de defensa urbana (Petrus 1974, 210). La muralla será algo más que un elemento delimitador, será un índice de autonomía y la plasmación física de la necesidad de seguridad. Denota la intervención de un poder político capaz de impulsar, controlar y costear la obra, y la presencia de un arquitecto encargado de su realización, según criterios tanto funcionales como estéticos. Supone, para la cultura talayótica, una ruptura social más que evidente y la materialidad de una nueva época. Al igual que en el mundo ibérico (Moret 1998, 83) las comunidades talayóticas fueron capaces de desarrollar programas

defensivos complejos, adaptados a un nuevo horizonte bélico, muy elaborados. Se trata de un proceso de monumentalización de la ciudad que sólo tiene parangón en la isla con los santuarios de taula. La clave es tratar de evaluar si esos programas se debieron al desarrollo local exclusivamente o si pueden sólo entenderse valorando la llegada de mercenarios a la isla tras participar en conflictos internacionales o la presencia del ejército cartaginés o romano a finales del s. III o en la primera mitad del s. II a.C.

Como indica P. Moret, la muralla no sólo es un elemento defensivo (1996), se trata de la imagen de la comunidad, el reflejo del trabajo colectivo (1998, 83). La clave es que se trata de proyectos racionales, como el citado de Trepucó, Torrellafuda y, sobre todo, Son Catlar. Estudiar la funcionalidad de una fortificación conlleva el uso de un vocabulario muy específico. La palabra poliorcética es la más empleada (Sáez 2005), si bien hay que tener en cuenta que se suele emplear tanto para el arte de la defensa y la construcción de recintos, como al del asedio, marcando tanto un carácter pasivo como activo (Garlan 1974, 6). Defensa y ataque son elementos fundamentales en la guerra como sabemos. La historia de la poliorcética está ligada a la de la defensa hasta el punto de que, como hemos dicho, enmascara ambos aspectos. Estudiar la arquitectura militar conlleva necesariamente recurrir a la historia de la poliorcética para aclarar el uso de diversos componentes tácticos.

Tipo de defensas urbanas

Defensa	Pasiva	Activa
Estática	Defensa pasiva, ausencia de contra-ofensivas y de salidas / poternas	Contra-ofensivas, ausencia de salidas / Uso de artillería
Móvil		Contra-ofensivas, artillería y salidas / poternas

Fuente: Pimouguet-Pédarros 2000, 37.

A partir del cuadro precedente podemos inferir que las fortificaciones menorquinas aquí estudiadas serían claramente activas y móviles, pues presentan elementos de contra-ofensiva como poternas, y plataformas para la ubicación de artillería, como veremos a continuación.

La evolución de los sistemas de poliorcética y los avances en materia de las técnicas de guerra han condicionado lógicamente las formas de la arquitectura militar (Quesada 2003 y 2007). Evidentemente, los tamaños de las armas de guerra, caso de las *ballistae* o las catapultas, van a condicionar el tamaño de la construcción de las torres y plataformas. El propio Aristóteles ya estableció una relación directa entre los progresos de la poliorcética y la necesaria adaptación de las fortificaciones (Política IV, 10). También hay que tener en cuenta otros factores, como los meramente estéticos, los simbólicos

y sobre todo los económicos, que van a condicionar sobremanera el resultado final. A ello hay que sumar otros aspectos no menores como la destreza de los constructores o la bondad de los materiales, no demasiado propicios en el caso menorquín como veremos.

5.1. La muralla de Son Catlar (Ciutadella)

Son Catlar, uno de los poblados de mayor tamaño de la isla con 4,3 hectáreas de superficie, tuvo sus orígenes en la Edad del Bronce. Sus fortificaciones, con un circuito de unos 900 m conservado íntegramente, apuntan a que tuvo su máximo desarrollo poco antes de la conquista romana, siendo un enclave de importancia. Según los trabajos arqueológicos que se han llevado a cabo, fue entre los ss. III y II a.C. cuando se reforzó con un lienzo murario que supera en algunos puntos los 6 m de espesor. A este periodo pertenecen la mayoría de los materiales que han sido localizados en la intervención que se realizó en la zona de acceso (Juan *et al.* 1998), lo que refleja una elevada demografía y una actividad humana muy dinámica en esas fechas. Esta misma intervención documentó varios niveles de incendio fechados a finales del s. III o principios del II a.C., que son evidencias a tener muy en cuenta, sobre todo porque señalan, en algún caso, unas fechas *ante quem* para algunos elementos defensivos, como el área del acceso norte.

A pesar de la espectacularidad del enclave y del potencial arqueológico, no se ha excavado apenas, contándose tan sólo las actuaciones en la zona del santuario y en la muralla, que acabamos de referir, y de las que se conocen pocos detalles. Esta cuestión también es destacable pues los avances actuales en materia de metodología arqueológica, excavación, sistemas de registro y documentación en 3-D, pueden permitir ampliar el conocimiento y, en paralelo, mejorar el discurso museográfico para una futura y deseable puesta en valor.

El magnífico estado de conservación, la naturaleza de sus espectaculares fortificaciones, su accesibilidad y su entorno, han hecho de Son Catlar uno de los yacimientos más propicios para la realización del presente estudio. De entrada, las fotografías aéreas y las planimetrías que hemos desarrollado denotan que en Son Catlar los *talaiots* previos, al contrario que en otros poblados, no fueron reutilizados directamente como parte de la muralla, quedando un camino de ronda intramuros. La razón de la existencia de esta “vía de servicio” tiene que explicarse ante la necesidad de poder desplazar maquinaria y tropas intramuros, así como para dar acceso a los sectores de garitas o casamatas del sector septentrional. De ahí que nos encontremos ante una de las murallas más complejas y evolucionadas de todas las analizadas. De hecho, hemos observado que en las zonas más cercanas a los *talaiots*, los paramentos presentan bloques de mayor tamaño, como evidencia de que los viejos turriformes fueron parcialmente empleados como cantera.

Son Catlar presenta estructuras previas, como los citados *talaiots*, y círculos de casas que se emplazan fuera del recinto (Serra 1965, 166). La construcción de la muralla

provocó que el poblado se contrajese para que el esfuerzo arquitectónico fuese menor y las defensas mucho más óptimas y eficaces, algo frecuente en otros ejemplos como Trepucó (Plantalamor 1991a). La muralla tiene unos 2 m de anchura media y en buena parte está realizada con paramento talayótico de lajas verticales y aparejos en cuña, sobre un potente zócalo de piedra, visible en algunos sectores. La muralla fue comparada por M.L. Serra con las defensas helenísticas de Siracusa (Sicilia), diseñadas por Arquímedes, en concreto las del castillo *Euryalo* (1965, 171) que protege el acceso a la ciudad desde el norte. Aunque pueda resultar exagerada esta afirmación, una vez analizadas ciertas soluciones arquitectónicas defensivas, lo que es cierto es que Son Catlar presenta rasgos evidentes de la puesta en desarrollo de las clásicas defensas helenísticas que se generalizaron en Occidente a partir de la II Guerra Púnica, y que tuvieron su origen en gran medida en el circuito defensivo de Siracusa.

Las torres rectangulares, perfectamente moduladas siguiendo el patrón métrico de 0,52 m (=1 codo púnico), empleado en grupos de tres y sus múltiplos, se adosan a superficies ataludadas levemente, con inclinaciones de 70°. En la trasera de las zonas en las que hay torres adosadas, no se interrumpe el paramento previo, indicando claramente que se trata de procesos constructivos distintos y no coetáneos, remarcando pues que hay dos fases constructivas. Así pues, todo apunta a que existió una muralla anterior, que no nos atrevemos a datar con precisión a falta de excavarla⁶, pero que habría de ubicarse cronológicamente entre el s. VI y el III a.C., esto es, entre el inicio de la construcción de defensas en el mundo talayótico y la II Guerra Púnica. Será a partir de ese momento cuando aparezcan los elementos que vamos a ir describiendo ahora y que se relacionan claramente con unos avances en materia poliorcética que se generalizaron en el Occidente mediterráneo. La muralla consta de patrones adaptados a un nuevo horizonte defensivo, ya que los poblados tendrán la imperiosa necesidad de pertrecharse de los más adelantados sistemas para responder a los ataques de ejércitos que contaban con el armamento más avanzado y desarrollado del momento. Se trata de elementos totalmente desconocidos para la cultura talayótica hasta entonces, y claramente exógenos por tanto.

Las adaptaciones de la muralla de Son Catlar no deben en caso alguno explicarse por una conflictividad social interna, a escala local, pues presentan técnicas propias del nuevo horizonte bélico desarrollado a escala mediterránea desde el s. IV a.C., que aparece puesto en práctica en centros urbanos destacados, como pensamos que fue Son Catlar, a finales del s. III a.C. El motivo hubo de ser o bien las guerras púnicas, que enfrentaron a las dos grandes potencias del momento, Roma y Cartago, o la conquista romana de las Baleares, acaecida en el 123 a.C., que actuó sobre un sustrato autóctono que había sido afín a la causa cartaginesa y parte de su órbita cultural, y que denominamos por ello “púnico-talayótico”. Poder atribuir la erección de estas defensas a uno u otro proceso histórico será, pues, un reto y una de las motivaciones principales de futuras actuaciones arqueológicas.

6 En el momento de la edición de esta publicación (verano de 2016) hemos realizado la primera excavación arqueológica en la muralla. Los resultados y el estudio verán la luz en los próximos meses.

Las defensas de Son Catlar reúnen en un magnífico estado de conservación todo un conjunto de construcciones defensivas, quizás uno de los más completos del Occidente mediterráneo. La muralla y sus obras avanzadas (bastiones, torres, antemurales), puertas en bayoneta, poternas, plataformas para artillería y garitas presentan, además, un estado de conservación muy propicio. Al contrario que las defensas “pasivas”, como las de la Edad del Bronce, las murallas de Son Catlar son de una naturaleza “activa”, pues se caracterizan, como hemos visto, por estar preparadas para poder “contraatacar” al enemigo. En algunos sectores, como por ejemplo en el llamado “bastión norte”, presenta dos plataformas flanqueando la esquina del poblado orientadas en dos direcciones para poder albergar artillería de torsión como catapultas o *ballistae* (Partington 1960).

Los mejores paralelos para la muralla de Son Catlar se encuentran en Grecia y en el mundo púnico centro-mediterráneo. La transformación de las defensas pasivas talayóticas a las activas recuerda a los modelos helenos (Frederiksen 2011). Algunos buenos ejemplos son las de Dema (Ática), los muros de cuñas de Thasos, idénticos a los de Son Catlar (Adam 1982, 34), la muralla de Kasarmi y Kydna (Adam 1982, 44). Las torres que pudieron servir como plataformas para instalar artillería son similares en su factura y medidas a las de Pleuron (Adam 1982, 48) o a las de Eryx, y las plataformas en las esquinas protegiendo los dos flancos son similares a las de Aegosthenes (Adam 1982, 52) o al Trypilon de Siracusa (Adam 1982, 85).

Las plataformas ubicadas en los flancos no tienen una función de protección inmediata de la muralla, sino que están concebidas para asegurar el tiro directo a los enemigos (Bakhuizen 1986, 318). Estas plataformas para artillería en la poliorcética griega reciben el nombre de *belostasis*; en el caso de Goritsa, la torre 13 sería un magnífico paralelo para el complejo norte de Son Catlar, y la 29 para el de Trepucó (Bakhuizen 1986, fig. 133). Este complejo pudo albergar petróbolos de pequeña dimensión, siguiendo la misma disposición indicada por Filón de Bizancio (*Syntaxis Mechaniké* V A32, p. 82 Th) para las piezas de artillería en los muros.

La estructura doble, muy compleja, está formada por dos torres de las mismas dimensiones, pero colocadas una a cada lado del ángulo norte de la muralla (Fig. 4). Esta disposición, con abundantes paralelos en las fortificaciones helenísticas, como hemos visto, se explica para cubrir los dos flancos⁷. El análisis arqueológico de este sector resulta fundamental para estudiar la adecuación de las defensas al nuevo horizonte bélico que supone el conflicto entre Roma y Cartago, ya que esta disposición defensiva sólo puede ser explicada por la ubicación de artillería de torsión, sólo funcional ante un ataque organizado y de naturaleza estática.

7 En esta zona se está desarrollando la intervención arqueológica de 2016. A falta del estudio detallado de los materiales, la erección de esta solución defensiva activa es claramente anterior a la conquista romana de las Baleares, y bien podría haber tenido lugar ya durante el siglo III a.C.



Fig. 4. Vista aérea del complejo defensivo de la esquina N de Son Catlar.

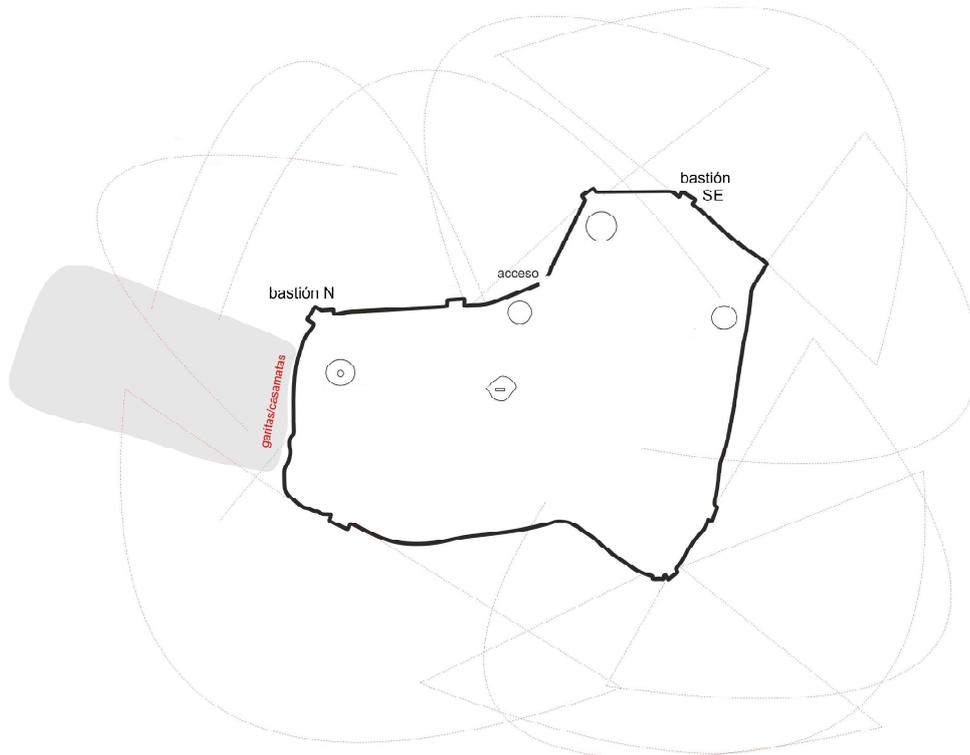


Fig. 5. Áreas de alcance desde las defensas de Son Catlar. En gris, la zona aparentemente menos protegida.

La disposición de estos dos bastiones refleja el interés de los defensores del poblado en cubrir tanto visualmente como con artillería defensiva dos flancos de la muralla, ya que se trata de una de las zonas más débiles y expuestas de todo el recinto. De hecho, el sector norte de la muralla no presenta ninguna otra torre, siendo por tanto este complejo defensivo de flanqueo muy importante, ya que tuvo que ser el encargado de ofrecer protección a toda esta zona. Una vez analizada el área de alcance de tiro desde cada una de las torres del circuito defensivo, se aprecia que la complementariedad entre ellas es total, y que tan sólo queda parcialmente desprotegida la zona norte, que es donde se documentan las garitas o casamatas (ver Fig. 5). Esto no es en modo alguno casual, y denota la complejidad y el carácter integral del sistema defensivo de Son Catlar.

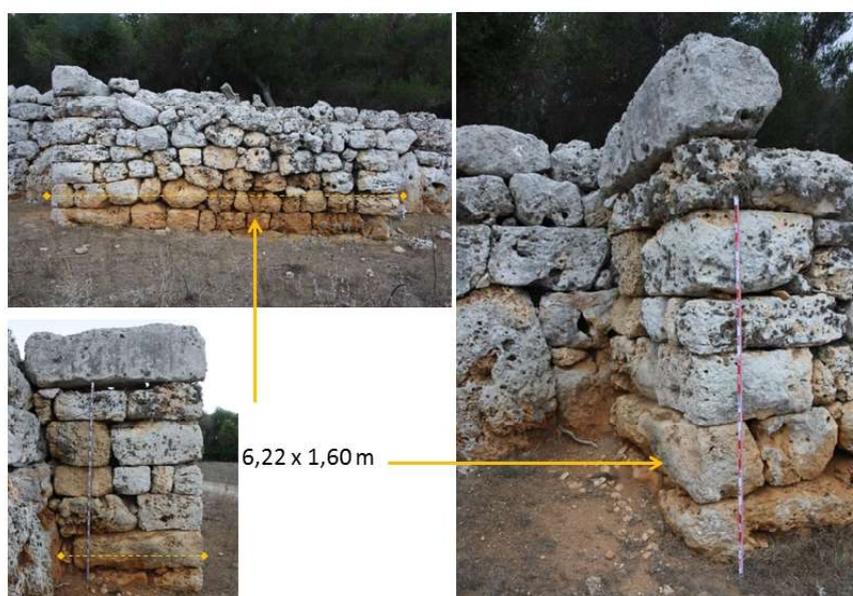


Fig. 6. Estudio métrico del bastión SE de Son Catlar.

También es importante señalar la existencia de espacios abiertos en el entorno del poblado. Estos espacios, limpios, ubicados en el entorno de la fortificación, actuarán como otro recurso defensivo más (Hill y Wileman 2002, 137). Además, la población civil que reside intramuros será vital en la estrategia defensiva, y es que con un contingente pequeño de soldados se podría defender todo el enclave, si la fortificación era plenamente efectiva. Es importante subrayar que las técnicas de bloqueo, asedio (parcial o total) o cerco fueron muy variadas, aunque ni mucho menos las más recurrentes (Quesada 2007, 77).

En el bastión sureste se constatan unos refuerzos en las esquinas que reflejan la talla cuidada de la *anathyrosis*, es decir, las superficies de juntura entre los bloques y la línea angular de la esquina (Fig. 3). Los sillares almohadillados, que fueron colocados

según la técnica de “soga y tizón”, presentan una cadencia arquitectónica propia de la edificación helenística, muy alejada de la forma de construir durante el periodo talayótico, donde no se conocen ángulos tan cuidados. El bastión se separa del lienzo original por la base un total de 1,60 m y mide en su frente un total de 6,22 m (máximo conservado, Fig. 6). Como por estudios recientes conocemos las unidades de medida que emplearon los ejércitos púnicos para levantar sus fortificaciones (Prados 2003 y 2008; Barresi 2007), con el llamado “codo” equivalente a 0,52 m, colocados de tres en tres, resulta que tanto este, como otros bastiones de Son Catlar, miden 12 por 3 codos, es decir, una medida llamativamente canónica (Fig. 7).



Fig. 7. Estudio modular del bastión SE de Son Catlar (cada cuadrado menor representa un codo de 0,52 m).

Otro elemento destacable es el trazado cóncavo que la muralla presenta en la zona noreste, junto al acceso, en un claro ejercicio de dotar de vigilancia y protección desde los flancos a la que sería la parte más vulnerable (Fig. 8). Curiosamente no hay bastiones en la zona del acceso, por lo que este trazado del muro permitiría su protección de la misma manera. La ubicación de la puerta en el fondo del lienzo curvo es una solución que se conoce bien en ejemplos griegos, como la puerta sur de Kastro Kalithea (Chykerda *et al.* 2015). El propio acceso es también muy interesante, ya que una vez sobrepasado el dintel de la puerta, hoy reconstruido, la calle se va estrechando hasta el punto de que los que penetrasen en el poblado lo tuviesen que hacer de uno en uno. Además, junto al citado abocinamiento de la puerta, un recurso que conocemos bien en las murallas púnicas (Prados y Blánquez 2007), la calle va generando quiebros en ángulos de 90°, a partir de tramos de 1,60 m aproximadamente, de nuevo una medida que empieza a no ser

casual, por lo recurrente, y que se corresponde con 3 codos púnicos. En otro punto, en el lienzo norte, la muralla presenta un vano de acceso y una serie de quiebras que apuntan a una posible puerta en tenaza, si bien este sector es uno de los que se encuentra peor conservado y arrasado (Fig. 9).

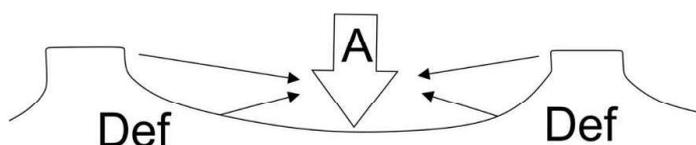


Fig. 8. Muralla cóncava en la zona del acceso a Son Catlar y gráfico defensivo (A=atacante; Def=defensor).

El sector sureste es también bastante interesante desde el punto de vista poliorcético, puesto que sobre el trazado murario original se cosió un tramo de factura mucho más cuidada, con sillares almohadillados en la esquina, colocados a soga y tizón (Fig. 10), y un par de quiebras a derecha que conforman un lienzo en cremallera para hostigar al potencial atacante por su parte más débil (Fig. 11). La suma de todos los elementos y recursos defensivos descritos hacen de esta fortificación una de las más interesantes para analizar el proceso histórico en el que se hubo de enmarcar. En nuestra opinión, todas estas soluciones defensivas sólo pueden tener una motivación exterior, y han de estar relacionadas necesariamente con los dos acontecimientos bélicos más destacados que pudieron afectar a Menorca: la segunda guerra púnica o la conquista romana por el ejército comandado por Quinto Cecilio Metelo, apodado *Balearico*, de hecho, por su sufrida e importante victoria. Aunque se trata de dos momentos bien distintos, en lo que

concierno a la cultura arquitectónica que reproducen, las murallas de Son Catlar han de estar inscritas en esa órbita definida como “púnico-helenística” y que se conoce cada vez mejor en espacios tales como el Castillo de Doña Blanca o *Carteia* (Cádiz), Carmona (Sevilla), Giribaile (Jaén), Cartagena (Murcia) o el citado Tossal de Manises, entre otros. En esta última fortificación alicantina, junto con un antemural para impedir el acceso de ingenios de asalto, se documentan plataformas para artillería y obras de flanqueo muy similares a las de Son Catlar y con la misma metrología: 21 por 12 codos de 0,52 m, en múltiplos de 3 (Olcina y Sala 2015, 117). En paralelo, los contextos cerámicos que se manejan asociados a estos elementos son prácticamente los mismos que se conocen para la época bárquida e inmediatamente posterior de Cartagena (Ruiz *et al.* 2013, 62 y Murcia *et al.* 2013, 85).

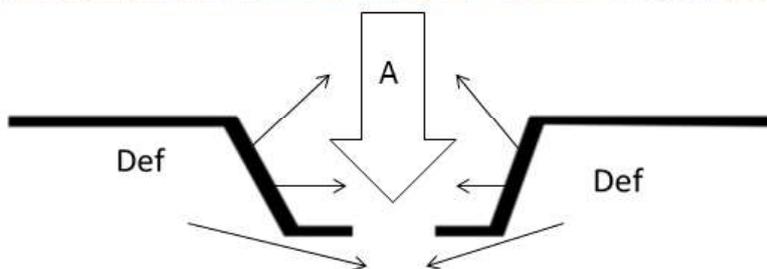


Fig. 9. Acceso en tenaza de Son Catlar y gráfico defensivo (A=atacante; Def= defensor).



Fig. 10. Esquina SE de Son Catlar. Aparejo a “soga y tizón” y sillares almohadillados.

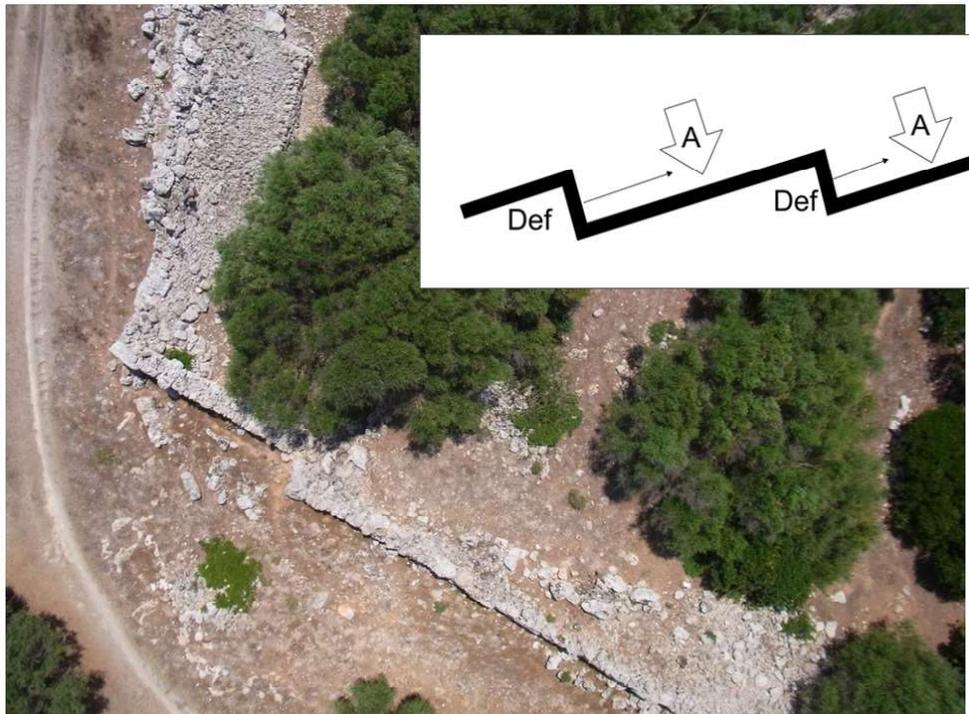


Fig. 11. Vista aérea de la esquina SE con lienzo en cremallera y gráfico defensivo (A=atacante; Def= defensor).

5.2. Las defensas del poblado de Torrellafuda (Ciutadella)

Aunque el poblado de Torrellafuda es objeto de un trabajo específico en este mismo libro, donde presentamos los resultados de la prospección superficial, vamos a comentar de forma sucinta algunos aspectos interesantes que hemos observado durante el estudio de la fortificación. El primer dato que hay que tener en cuenta es que se trata de un recinto de menor tamaño que el de Son Catlar, pues no supera los 400 m de longitud y alberga un espacio interior inferior a una hectárea. En este caso la estructura defensiva aprovecha el enorme *talaiot* como parte de la muralla, ya que el lienzo se adosa por ambos lados (Fig. 12). Se trata de una disposición típica en la mayor parte de los poblados talayóticos fortificados, pero que no se constata en Son Catlar.

Otro elemento que llama la atención es la presencia de una serie de vanos, aparentemente poternas, prácticamente emplazadas a distancia regular. Es importante señalar que si al interior las poternas son bastante visibles, al constar de un acceso arquitectonizado, con dintel de soporte y jambas cuidadas (Fig. 13), al exterior apenas son distinguibles, muestra de que son un recurso defensivo. Aunque la muralla ha sido bastante alterada en varios sectores y presenta en el tercio superior una refacción moderno/contemporánea, a base de un alzado de piedra seca con *botadors* o pequeños peldaños transversales, mantiene en otros tramos el alzado original en el tercio inferior, y sobre todo por la cara externa. Las poternas de Torrellafuda recuerdan estructuralmente a las de la fortificación púnica de Tharros (Cerdeña) o a las de Heraklea de Latmos, en Grecia (Adam 1982, 108).



Fig. 12. Vista exterior de la muralla norte de Torrellafuda adosada al talayot (a la izquierda).

Al igual que en otros poblados fortificados menorquines, como Son Catlar o Trepucó, también Torrellafuda presenta una fortificación que se contrae sobre la superficie original del poblado, pues se encuentran fuera de la muralla algunas casas talayóticas. Esta cuestión parece una constante, por lo que se ha de interpretar como una fórmula de ahorro de tiempo y recursos en el momento de su construcción, al tiempo que una fórmula para asegurar la protección del poblado con menos efectivos humanos.

El paramento original, a tenor de las lecturas paramentales que hemos realizado, parece haber sido efectuado de una sola vez, no siendo apreciable una adaptación de la muralla como en el caso de Son Catlar, donde se aprecian fácilmente las dos fases principales. La muralla, en su lado septentrional, presenta distintos elementos de interés. En primer lugar la existencia de las citadas poternas y de otros vanos adintelados, que, en esta zona, parecen accesos a garitas de la muralla hoy cubiertas por el derrumbe de piedras del alzado. En segundo lugar, la muralla presenta una especie de adarve, visible en algunos sectores (Fig. 13), así como quiebros que generan flanqueos y refuerzan toda la estructura, evitando el temido “efecto dominó”, que podría arrumbar sectores importantes del lienzo. El área septentrional, al oeste del *talaiot*, consta de un paramento realizado a partir de un doble lienzo que dejó espacios útiles en el centro, que son a los que se accede a través de pequeñas puertas adinteladas.



Fig. 13. Vista interior de la muralla de Torrellafuda con poterna.

Junto con los elementos descritos, para tratar de precisar la incidencia de la arquitectura defensiva púnico-helenística en las defensas posttalayóticas, el área más interesante es la esquina noroeste del poblado (Fig. 14). De entrada, cabe subrayar la existencia de un conjunto de obras avanzadas, fácilmente apreciables actualmente. La muralla presenta en este sector una suerte de antemural o *proteichisma*, realizado con

varias hiladas de piedras de tamaño pequeño y mediano, bien colocadas, sobre una especie de glacis retocado en la roca. Este pequeño antemural se levanta aproximadamente un metro sobre la superficie circundante, que es un campo roturado que se ha prospectado y que ha ofrecido abundantes materiales cerámicos de la segunda mitad del s. III a.C. (ver trabajo de Jiménez *et al.* en esta misma obra). Es posible que la excavación de esta zona pudiese ofrecer más información sobre las dimensiones de este glacis y la presencia o no de un foso. Cabe señalar que esta zona es la más vulnerable y accesible de todo el poblado, y por ello podría haber sido fácilmente atacable con maquinaria de asalto.

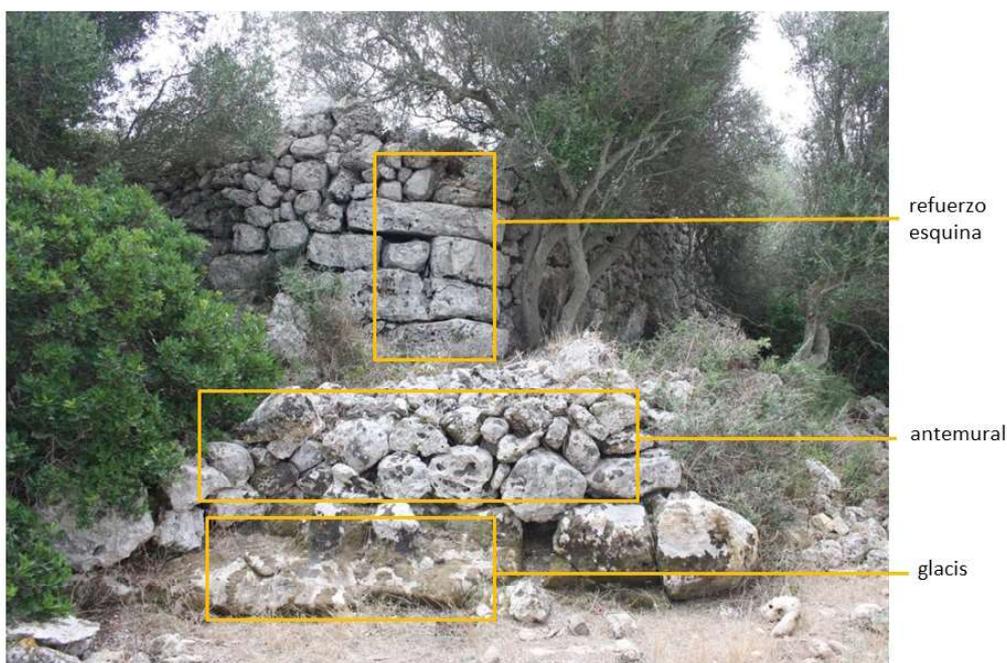


Fig. 14. Ángulo NO de Torrellafuda y obra avanzada.

Estos antemurales fueron concebidos no solo para proteger el lienzo principal de la maquinaria de ataque, sino que también fueron muy útiles para permitir el movimiento de los defensores o asediados por fuera de la muralla evitando el peligro de ser hostigados directamente. Al respecto, justo detrás de la obra avanzada, la muralla presenta un pequeño espacio, a modo de *vallum*, de unos 3 m de anchura. Pero en Torrellafuda el antemural se ubica únicamente en una zona débil como es la esquina de la fortificación, y junto a ella detectamos tanto los bloques más imponentes de la muralla, colocados a soga y tizón cosidos en la esquina, como evidencias del citado glacis retocado sobre el afloramiento del *marès*, roca por excelencia de la isla de Menorca en la que estuvieron construidas las fortificaciones estudiadas y todos los elementos descritos. En los ejemplos conocidos por todo el Mediterráneo de la cronología propuesta, los antemurales se colocaron

generalmente delante de las torres y de las esquinas, como sucede en Torrellafuda, ya que eran los lugares donde se concentraba con frecuencia el tiro de la artillería de torsión, que desde la II Guerra Púnica se generalizó por todo el Occidente (Sáez 2005, 132 y 138) y que no descartamos que fuese conocido y tal vez empleado en Menorca, a tenor de los elementos que se describen (Campbell 2005, 25).

Como decimos, esta obra avanzada se completa con la muralla, que hace esquina en esta zona, y que por ello está tan fuertemente protegida. Aunque el aparejo constructivo de la muralla está realizado con grandes bloques, muchos de ellos colocados verticalmente en una suerte de aparejo talayótico como los definidos por Serra (1965), la esquina presenta una obra más cuidada a soga y tizón, que dota de consistencia a todo el lienzo. Un dato importante es la forma en la que esta esquina realizada con bloques de gran tamaño conformando hiladas íntegras con el resto de la muralla. Se trata de una especie de cosido muy parecido al tramo de muralla en cremallera de Son Catlar que hemos comentado anteriormente.

La prospección realizada en 2015 trató también de localizar los tramos de la muralla no visibles bajo la densa masa vegetal. Por suerte se localizó un nuevo tramo de muralla apreciable en planta, y un bastión, casi recubierto por las lindes modernas (Fig. 15), que presenta una factura y unas dimensiones similares a las de las plataformas de Son Catlar que veíamos antes. Se trata de una obra externa que se adosa al lienzo original, sobresaliendo 3 codos, una medida que fuera de ser casual, empieza a ser una constante en la arquitectura defensiva menorquina (ver trabajo de Jiménez *et al.* en esta misma obra).



Fig. 15. Bastión SE de Torrellafuda descubierto en la prospección de 2015.

6. CONSIDERACIONES FINALES

Con la redacción de este texto se pretende, fundamentalmente, poner el acento sobre algunas cuestiones relevantes y tratar de ofrecer alguna respuesta a muchos de los interrogantes atávicos de la historia antigua de Menorca, en la etapa anterior a la conquista romana. Es verdad que los datos son parciales en muchos casos, y que la documentación es exigua. Pese a todo, la realización de intervenciones en los últimos años, con metodologías más desarrolladas y las dataciones radiocarbónicas realizadas recientemente, como las de Cornia Nou, dibujan un interesante panorama para tratar de evaluar el impacto de la presencia e influencia oriental en la isla (Anglada *et al.* 2014; Depalmas 2014). Igualmente, los estudios sobre la fauna o la dieta vienen a corroborar la incidencia de la llegada de nuevas gentes, y nuevas costumbres, a la costa menorquina, y precisan y materializan la respuesta local a este impacto cultural exógeno.

Poco a poco los datos se van sumando y permiten aproximarnos con más detalle a este crucial periodo, que supuso, de alguna forma, la integración de la isla en las redes comerciales a escala mediterránea. La concatenación de datos, como el clima de violencia social, la presencia de armas, las referencias a los mercenarios que se exportan y que aparecen en las fuentes textuales, son reflejo de un cierto grado de disciplina y experiencia bélica. En paralelo, la instalación del mundo talayótico dentro de la órbita púnico-ebusitana, a tenor del creciente volumen de importaciones, resulta llamativo (Guerrero *et al.* 2006; Carbonell *et al.* 2015, 91). Tan llamativo como el mantenimiento y arraigo de las viejas costumbres locales, tales como la realización de cerámica a mano, el uso de plantas circulares en las casas, la continuidad del uso de los molinos de vaivén o los rituales funerarios colectivos.

Nuestro estudio viene a sumar un elemento que consideramos clave, que es la arquitectura, pues pensamos que se trata de uno de los rasgos más elocuentes para reconocer una cultura. La llegada, adaptación y construcción de los distintos elementos que hemos ido viendo vienen a redundar en la idea de que Menorca gana importancia en el marco internacional, y que por ello, comienza a formar parte de los circuitos económicos y sin duda políticos del Mediterráneo. Descartamos firmemente que los elementos arquitectónicos analizados surgieran de forma espontánea en la isla, sino que el proceso de refortificación, siguiendo criterios de tipo helenístico, se explica por su papel destacado en el marco de un conflicto a gran escala, nada menos que la lucha de potencias por el control y la hegemonía del Mediterráneo.

Ya hemos mencionado que la discusión en los próximos tiempos habrá de centrarse en tratar de precisar el momento histórico con detalle, si la llegada de estos elementos defensivos hemos de atribuirlos a los mercenarios baleáricos que regresaron a casa y quisieron proteger sus poblados, al invierno que la armada púnica comandada por Magón pasó en la isla, o a la defensa última previa a la conquista romana del 123 a.C. Aunque muchos de los elementos defensivos que hemos visto podrían atribuirse al

periodo romano republicano, pues es un claro exponente de esa arquitectura helenística que venimos describiendo, descartamos esta posibilidad, por el momento, por lo que la documentación histórica y las evidencias materiales nos ofrecen.

El fin último de la conquista romana, a tenor de lo que señalan diversas fuentes, fue evitar que Menorca se convirtiese en un incómodo refugio de piratas (Estrabón III, 5,2; Floro I, 43), junto a criterios económicos tales como la obtención de recursos y mercenarios (Orfila 2008, 14). No creemos que el tipo de defensas analizado pudiese tener sentido, por lo comentado, para evitar los actos vandálicos y los saqueos puntuales de los piratas, ya que para ello se pusieron en funcionamiento unas redes de fortines costeros romanos como Cap de Forma, Son Bou o Calescoves (Orfila 2008, 22) y el campamento de *Sanisera*-Sanitja (Orfila 1995, 239; Contreras 2006). También el propio registro material señala dos momentos de una enorme intensidad demográfica. Y es que un aumento de población siempre ha de ir de la mano de procesos constructivos de tipo colectivo, como es una fortificación: pese a la larga vida de alguno de los poblados, caso de Torrellafuda o Son Catlar, más del 60% de los materiales recogidos en prospección o localizados en las excavaciones arqueológicas efectuadas se fechan a finales del s. III y durante la primera mitad del s. II a.C., concretamente el momento que acabamos de proponer para la puesta en desarrollo de este tipo de defensas.

Bien es cierto que estos poblados se siguieron ocupando en época imperial romana y en ocasiones se reocuparon en la conquista islámica, pero pese a la estratificación o a la erosión natural de los yacimientos, es muy llamativa esta preponderancia de materiales exógenos adscritos a los ss. III-II a.C. a la vez que los materiales talayóticos son muy escasos. Igualmente, para el periodo imperial, cuando sabemos bien que la población de Menorca basculó hacia los dos centros urbanos principales, *Iamo* (Ciutadella) y *Mago* (Maó) definidos como *castella* por Mela (*Chorog.* II, 124) o *civitates* por Plinio (N.H, III, 78), es complicado tratar de explicar la puesta en funcionamiento de este tipo de defensas. Las murallas y los elementos activos descritos sólo tuvieron sentido ante un tipo de enemigo muy preciso, organizado y potente, al que la maquinaria romana ya no tenía que enfrentarse.

Es posible que al contrario de lo que ha sucedido en las excavaciones de estos contextos en lugares como Cartagena, jamás encontremos evidencias de conflicto, o niveles de destrucción militar precisos. Aunque ya hemos visto que tanto en Son Catlar como en Trepucó los arqueólogos han localizado niveles de incendio, sólo el desarrollo de ulteriores intervenciones podrá quizás localizar nuevas evidencias. Es importante tener en cuenta que, como ya indicó Quesada, muchas de estas fortificaciones funcionaron sólo desde un punto de vista disuasorio, y jamás fueron empleadas como tal (2007, 88). Pero una muralla monumental con bastiones como los de Son Catlar (cuya imagen incluimos en 3D en la Fig. 16), de un circuito reducido y fácilmente defendible, estaba llamada a convertirse en una suerte de estructura panóptica como la creada por el filósofo J.

Bentham: tan solo su presencia era suficiente para disuadir y segregar una sensación de vigilancia hacia el potencial atacante.

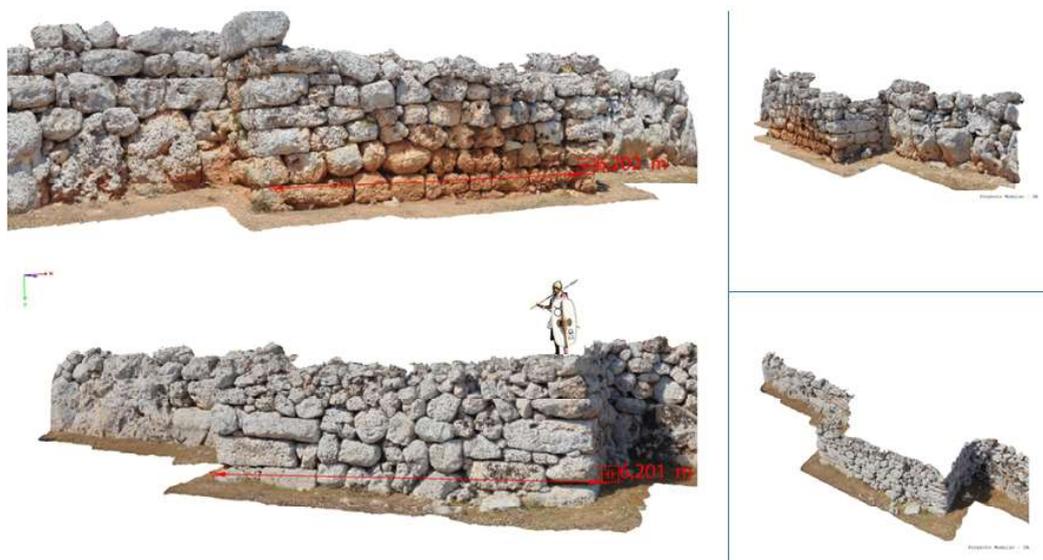


Fig. 16. Capturas en 3D de los bastiones de Son Catlar con indicación de sus medidas.

En definitiva, los próximos años y las futuras actuaciones arqueológicas podrán dar respuesta a muchas de las dudas aquí planteadas o generar otras. Y es que para poder llegar a conclusiones científicas primero se han de plantear los interrogantes, que es lo que hemos querido hacer una vez colocados sobre el tapete todos los datos, algunos de ellos creemos que bastante reveladores.